

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 23 DE MAYO DE 1901

NUM. 548

ARTISTAS DE ZARZUELA

(TEATRO GRANVIA)



JOSEFINA SÁNCHEZ



CHARLA

ALDITO sea el dinero una y mil veces!

No se asusten ustedes, ni crean que he perdido el juicio; al contrario: nunca lo he tenido más completo.

Esta exclamación me ha salido del alma al leer el desastre que en la actualidad sufren los americanos.

Los que antes eran potentados, hoy tienen que ir con una caña verde matando avispas.

Los comerciantes más fuertes se han *quebrado* por el eje.

Las más acreditadas fábricas han cerrado sus puertas y sus potentes máquinas han saltado hechas mil pedazos

Y la miseria repentina, el golpe rudo, la caída de gran altura al más profundo abismo, ha trastornado el seso de multitud de hombres y mujeres.

Lo repito otra vez:

¡Maldito sea el dinero!

Lo que ha pasado con la espantosa baja en los valores *ultramarcinos*, no es para descrito.

Días pasados me lo contaba un modernista, y se le ponían los pelos de punta, llegando con ellos hasta los balcones de un segundo piso.

Verdaderamente el caso no es para menos.

Un acreditado capitalista, al verse más perdido que *Carracuca*, sufrió un violento ataque de hidrofobia y se entretuvo en morder á todos los vecinos del barrio.

Excuso decirles el estrago tremendo que habrá ocasionado el buen señor.

A un banquero se le escurrieron los ojos y se le puso el estómago boca abajo; y de resultas de este trastorno físico murió sin recibir los últimos Sacramentos.

Los suicidios se cuentan á millares.

Un droguero, célebre por unos polvos maravillosos que se había sacado de la cabeza para matar los insectos del verano, reunió á toda su familia en fraternal banquete, y á los postres brindó por la prosperidad del país y los fué matando uno á uno con un tenedor de plata Meneses.

El infortunado droguero se arrojó después... en brazos de una bailarina amiga suya, y allí pretende *morir, morir, sí, de amor*, como los tenores de zarzuela *grande*.

Dos hermanos tocineros, muy honrados, se hicieron degollar y descuartizar por sus dependientes, con orden expresa de que repartieran sus carnes entre los acreedores que más chillaran.

El dueño de un magnífico café se tragó un juego de bolas de billar, y en la actualidad se encuentra entre la vida y la muerte. Cuatro afamados médicos, armados de *tacos sin suela*, no le dejan un momento, hasta conseguir un *picado con efecto contrario*, que encamine las bolas á la *tronera*.

Diez y siete queridas de un comerciante al por mayor, en todo, como se ve, se han muerto de hambre repentina. Enfermedad que aun no era conocida en el mundo civilizado.

Un corbatero se ha ahorcado con la última chalina que le quedaba en sus almacenes.

Por las calles piden limosna señores con levita y frac.

Y mendiga se ve implorando la caridad pública sobre un elegante carruaje tirado por dos caballos.

De esto sí que conocemos algo en España.

Ya se habrán ustedes hecho cargo de que no me faltaba razón al apostrofar al dinero.

Más tranquilo está el que no lo tiene.

¿Que sube la bolsa? Que suba.

¿Que quiebra un Banco? Que quiebre.

El pobre continúa con su miseria, gozando con los dulces placeres del hogar y sin importarle un rábano todo lo demás.

Alguna ventaja ha de tener el pobre.

El dinero siempre ha sido un perturbador.

Sin ir más lejos, vean ustedes lo que ha pasado en un pueblecito de la provincia de Murcia. Allí vivía tranquila y feliz una mujer mendiga.

Pues bien: de la noche á la mañana, muere un buen hombre y le deja una herencia de cinco mil reales; y de la noche á la mañana también, le roban el dinero, sin ningún género de contemplaciones.

La pobre mujer no cesa de llorar y ha perdido la calma.

—¡Yo que antes con mi pobreza era tan feliz, vea usted ahora qué disgusto tan grande me han dado esos pillos robándome lo que tenía! —le decía al teniente de la guardia civil.

—Pues no se desespere. Ya está usted tan pobre como antes y podrá seguir dichosa,—le contestó el teniente.

—Sí que es verdad,—continuó la mendiga.

Y, tirándose de las greñas y apretando á llorar con fuerza, gritó:

—¡Ay, mi dinero!

¡Maldito ula y mil veces sea!

JOAQUÍN ARQUES.

LA RISA EN LOS LABIOS

EN EL ÁLBUM DE CONSUELO

I

Dime, morenita:
Si los desengaños
tu corazoncillo
tienen destrozado,
¿por qué veo siempre
la risa en tus labios?

II

Sé muy bien lo mucho
que tú estás penando.
Sé que amas á un hombre,
que él te es muy ingrato.
Sé que estás muy triste;
pero, sin embargo,
yo siempre sorprendo
la risa en tus labios.

III

Tienes mil motivos
para estar llorando,
y al verte que ríes
heme figurado
que en tus ojos negros
no se alberga el llanto...

Y es que tú, sin duda,
quieres que veamos
que tus dientecitos
son chicos y blancos,
y por eso tienes
la risa en los labios.

IV

Mas cuando la noche
nos tiende su manto
y sola en el lecho
te quedas pensando...
en que no te quiere,
en que te ha olvidado,
en que está con otras
mujeres gozando,
en que ¡nunca!, ¡nunca!
tú podrás besarlo...

Dime, morenita,
dime sin engaño:
Cuando por tu mente
todo esto ha cruzado,
¿en tus ojos negros
no se alberga el llanto?
Dime: ¿entonces tienes
la risa en los labios?

ANTONIO MARTÍN GAMERO.



Un militar aguerrido
en las lides del amor;
y ha vencido á más de cuatro,
sí, señor.

LA CABEZA DE MEDUSA

DON Servando Zapatilla era el ser más desventurado que había en el mundo y fuera de él. Y no precisamente porque careciese de fortuna, estuviera enfermo ó tuviese algún defecto físico.

No, señor; nada de eso. Por el contrario. Era rico y disfrutaba de una salud que para sí la quisieran más de cuatro de esos mozalbetes, con cara de color de acelga seca y piernas de alambre, que constituyen la generación del porvenir.

Había ya cumplido los cincuenta años, y los llevaba admirablemente.

Era un hombre maduro, pero no machucho.

Su desventura consistía en haberse casado con Felisa Machacón, cándida paloma de veinte abriles, que Servando llevó á su nido, pretendiendo darle la mitad de él, y que se quedó, finalmente, dueña de todo.

Servando tenía una debilidad.

La de que todas las mujeres le gustaban, sin que por esto digamos que le disgustaba la suya.



Lo que de ésta no podía soportar era que siempre se interpusiera entre alguna conquista que él tenía ya, si *cade ó non cade*, para evitar que recogiese el fruto de su labor.

— Señor de Zapatilla, —le decía su cara mitad cuando le sorprendía en el momento crítico, — tenga usted presente que á mí ningún chato me la pega!

— Pero como yo no soy, mi querida Melisa...

Porque Servando había arreglado el nombre de su cara consorte de aquella manera, porque decía que el agua de melisa era excelente para cierta clase de dolores.

La suave Melisa ó Felisa, decía á su marido que podía volverse chato, si no lo era, y que estaba bien aplicada su palabra, y que no tratara de pegársela, porque no lo conseguiría.

Y, efectivamente, apenas Zapatilla se creía estar ya en el séptimo cielo con alguna deidad de las que él había echado el ojo, ¡zas!, Melisa que sacaba la cabeza por entre los dos, diciendo: «Aquí estoy yo».

Y el pobre Servando, no sabiendo ya cómo calificar aquella cabeza que siempre aparecía cuando nadie la llamaba, produciéndole sorpresas tan desagradables, le cambió la denominación y la con-

Con un batallón así el demonio que pudiera; pues nadie lo vencería por más potente que fuera.

virtió en cabeza de Medusa.

¡Malhadada cabeza, y qué malos ratos causaba al pobre señor de Zapatilla!

Un día, iba mi buen Servando hacia su casa, cuando en opuesta dirección á la suya, vió acercarse el pie más chiquitito y más mono que imaginarse puede, calzado con elegante bota de charol, sirviendo de base á una pierna que hizo á nuestro hombre estremecerse de placer.

Siguió la vista en progresión ascendente, y tras de algunas curvas admirablemente determinadas, se detuvo en un rostro que al bueno de Zapatilla, si llega á llevar las homónimas de su apellido en los pies, las echa al aire de gusto.

Como estaba lloviendo y la desconocida no llevaba paraguas, á fuer de hombre galante, se aproximó á la dama, y, ofreciéndole el suyo, le dijo con el acento más seductor que encontró en su repertorio:

—¿Usted quiere que la cubra?

La desconocida le miró, sonrióle con burlona expresión, y siguió su marcha dejándose cubrir con el paraguas de Zapatilla.

¡Y que no fué reñido el combate que hubo de sostener nuestro enamorado caballero con aquella preciosísima Amparito, una andaluza bautizada con las saladas aguas de Cádiz y confirmada en la Catedral de Sevilla, para

conseguir que la joven consintiera en recibirle el siguiente día en su casa!

Zapatilla era ducho en aquellas lides.

Nadie como él sabía establecer las baterías y mantenerlas ocultas á la vista del enemigo hasta que llegase el momento supremo.

Desplegaba las guerrillas con un conocimiento extraordinario del terreno en que operaba, y sabía atraer á su contrario hacia el lugar que le acomodaba, y una vez allí, descubría de repente aquellas baterías que ocultara al principio, y no había remedio, acosado por todas partes el contrario, tenía que sucumbir.

Amparo, que, según dijo, era viuda, ó lo que es lo mismo, mujer á quien ya no le quedaba nada que ignorar, sabía defenderse admirablemente; pero con un táctico y un práctico de aquella fuerza ¿cómo era posible competir?

La cita fué más bien arrancada que concedida; pero el caso fué que se cerró el compromiso.

¡Con qué satisfacción se retiró Zapatilla aquella tarde á su casa!

Su Felisa ó su Melisa, no se presentaría á interrumpir sus encantadores deliquios amorosos.



Otros tres militares
de un regimiento,

que hacen con sus miradas
la mar de muertos.

La Saeta

Aquella conquista tan inesperada, tan repentina, tan completa, no podía haber sido ni aun adivinada por su Medusa.

El siguiente día, antes de transcurridas las veinticuatro horas, todo estaría consumado.

El encuentro, la lucha y la derrota. ¿Qué general podía compararse á él?

Jamás estuvo más amable ni más cariñoso con su Melisita.

Esta no pudo menos de recordar las sabrosas escenas de otros tiempos al presenciar los amorosos transportes de su esposo, á quien se vió obligada á decir alguna vez:

—¡Ay! ¡Zapatilla, circunspección!

El siguiente día, Servando dijo á su mujer que no iría á comer á su casa, porque estaba convidado en casa del cónsul de Turquía

—Zapatilla, — le contestó Melisa, — ten cuidado con las turcas, porque con eso del harem... tú que necesitas poco... ¡Prudencia, hijo, mucha prudencia!

¡Que si quieres! La prudencia que tuvo Servando fué pasar toda la mañana y parte de la tarde recreándose con la idea de la deliciosa entrevista que iba á tener entre dos luces

Y comió como un ogro, atracándose de ostras y langostines, porque siempre fué muy aficionado á estos platos, y á la hora convenida se dirigió, con el aspecto más conquistador del mundo, á casa de la hermosa viuda.

Desde el momento que tocó el timbre de la puerta, experimentó ya una de las más dulces emociones.

Y cuando la criada le franqueó el paso y penetró en el lindo gabinete de la ansiada deidad y aspiró el perfumado y voluptuoso ambiente que en ella reinaba y pudo distinguir entre la misteriosa semiobscuridad que producía el transparente que cubría el hueco del balcón, el vago contorno de aquella andaluza tan codiciada, ya no pudo contenerse más y extendió los brazos, rodeó el mórbido talle, y exclamó con voz trémula:

—¡Ay, Amparo de mi alma, ampárame, por Dios!

—¡Toma, Zapatilla del demonio!—exclamó una voz harto conocida.

Y una mano, sobradamente conocida también, cayó sobre su mejilla, al mismo tiempo que, corriéndose el transparente, dejaba en plena luz la famosa cabeza que tanto temía.

—¡La cabeza de Medusa!—exclamó el desventurado.

Efectivamente: su mujer era la que había abrazado un momento antes.

Amparo, era una sobrina de Felisa, que no conocía personalmente á su tía, que llegó días antes de Sevilla, y que no había ido á visitarla hasta aquella mañana.

Hablando con ella, la refirió su aventura del día anterior, y pronunció el apellido del galán.

Dicho esto, ya se puede comprender lo demás.

Zapatilla salió avergonzado de aquella casa donde entró tan lleno de esperanzas.

Desde entonces no quiso ya buscar nuevas aventuras.

La cabeza de Medusa le aterraba.

R. DEL C.



¡Qué bello es el campo... y cuánto tarda Arturo!

BAILABLE

Loliya y su compañera,
muchachas de *muchos pies*,
se encontraban ya vestidas,
una noche en el Edén.

Un paso á dos preparaban
de lo mejor que se ve,
porque bailaban las chicas
pero muy requetebién.

—¡Pero no salen! —¿Qué pasa?,
gritan cinco y gritan diez;
y el público se impacienta,
promoviendo el gran belén,
sin saber que á las artistas
entretiene don Manuel,
que en su cuarto les enseña
un bonito paso á tres.

X.

ESPEJISMO



Al ver tan linda cabeza,
con ese pelo al descuido,
es del modo que comprendo
lo bello del modernismo.

»Los dos perfiles eran iguales: Lucía y su madre parecían dos gemelas...

»¡Qué horrible visión! Mi amada envejecería, sus rosadas mejillas tomarían el color de cuero de las de su madre, se llenarían de arrugas; sus ojos brillantes tornaríanse mortecinos, caerían sobre ellos los piltrafosos párpados; la nariz entablaría conversación con la hundida boca y en torno de ésta nacerían cerdas, dándole la apariencia de la corteza del tocino... ¡Quién sabe! ¡Hasta sería posible que apareciesen en el hoy aterciopelado cutis algunas verrugas como las que afeaban el rostro de la madre... ¡Sí! Ello sucedería, porque, como he dicho, el corte de cara era idéntico en ambas... Y cuando tal sucediese, si yo hubiera cometido la tontería de ligar mi suerte á la de aquella mujer, me vería obligado á vivir junto á tal estafermo, á seguir exhibiéndola en sociedad, á vencer la repugnancia que ya entonces me inspiraba la madre y que luego, sin duda, me inspiraría la hija... ¡No! ¡Imposible!... ¡Antes ciegos que tal veas!...

»Así me dije. Esperé impaciente el término de la función... y no volví á parecer más por casa de Lucía.»

El término de mi relato fué acogido por un coro de carcajadas. Es seguro que mis amigos no aprovecharon la lección; pero ésta no resultó perdida.

La mesa inmediata del café en que nos hallábamos estaba ocupada por un matrimonio de edad y dos lindas jóvenes.

Una de éstas, colocada á mi lado, inclinóse hacia su compañera y la dijo en voz baja, aunque no tanto que sus palabras no llegaran á mis oídos:

—Lo que es yo, en cuanto tenga novio, no volveré á ir con mi madre al teatro... ¡Pues no son poco extravagantes los hombres!

DON SEBASTIÁN.

PÁGINA ARTÍSTICA



Confidencia

¡Bueno está el arte!

No digo yo que Leonor fuera una eminencia en el arte escénico; pero que la chica valía, era evidentísimo; y así se lo demostraban los públicos con sus continuos aplausos.

Tampoco digo yo que estos públicos fueran los de grandes poblaciones, acostumbrados y hasta familiarizados con las notabilidades. Los públicos de Leonor, sin ser totalmente atrasados, tenían aún esa benevolencia especial que ya se va perdiendo, desgraciadamente, para las medianías.

Pero esto no quiere decir que los aplausos que recibía la ar-

Orihuela, en la misma fonda donde yo me hospedaba.

Era el último día de la temporada, ó sea el sexto de los que llevaban funcionando.

—¿Se van ustedes tan pronto?—le pregunté á Leonor, que casualmente se había puesto á



mi lado en la mesa.

—Sí, señor,—me contestó con sencillez;—este público no está por el drama.

—Ni por el drama, ni por nada,—interrumpió el padre, encarándose más con una chuleta que tenía en el plato, que conmigo.

—Pues es muy raro,—continué,—porque aquí hace tiempo que no han tenido compañía.

—Eso nos dijeron antes de venir,—murmuró Leonor.

—¿Qué querrá esta gente?—murmuró el barba con la boca llena.—El primer día nos dió el *Tenorio* cuarenta y cinco pesetas; con *La Jura*, no cubrimos gastos; con el *Otelo*, no tuvimos ni para la pintura del primer galán, y casi no se estrenó la taquilla con *Gabriela* y *Guzmán*.

—Verdaderamente ha sido una desgracia,—dije por decir algo.—Y esta noche ¿qué hacen ustedes?

—Esta noche, como última función, hemos acordado reinos del público de un modo indirecto, y hacemos *La Carcajada*... ¡Ah! Pero se fastidian, porque no verán la mejor obra de nuestro repertorio. Nos vamos de aquí con *La muerte en los labios*.

Y al decir esto se metió en la boca una albóndiga descomunal.

Después, supe que la empresa estaba formada

tista bastaran para coronar sus nobles esfuerzos; faltaba algo,

prosaico al fin, pero necesario para poder vivir con relativa tranquilidad.

El sueldo.

Leonor, apenas ganaba para presentarse como primera actriz, y rara era la población donde el barba, que era su padre, no dejara algún piquillo pendiente en la casa de huéspedes.

¡Pobres cómicos!

Recuerdo que una vez me los encontré en

por los mismos artistas de la compañía, los cuales se repartían los ingresos terminada la función, si es que restaba algo una vez pagados los gastos de *hoja*.

Y así vivían aquellas pobres gentes, de pueblo en pueblo y de teatro en teatro, dejando aquí un reloj de níquel, más allá un baúl, ó un terno á medio uso, y *memoria amarga* en patronas y mozos de café.

La primera y discretísima primera actriz les seguía á todas partes, con la paciencia de una mártir, sin proferir una queja, y sirviéndole de natural desahogo las escenas patéticas que continuamente se sucedían en las obras que representaba.

¿Duraría mucho aquella situación para la pobre artista?

Según mi modo de pensar, no debía prolongarse, porque Leonor llegaría á formar parte de una compañía de primer orden, cuando un director de nombre se hiciera cargo de sus aptitudes.

Además, era joven, casi una niña, y belleza no le faltaba.

No sé los tumbos y reveses que sufrirían estos artistas desde que me los encontré en Orihuela hasta seis años después, en que tuve ocasión de hablar con Leonor.

Mis cálculos habían salido ciertos.

La actriz no era ya la niña sencilla y modesta en el vestir. Al contrario. La más exquisita elegancia residía en toda ella, luciendo al propio tiempo joyas del mejor gusto y riqueza.

La encontré una tarde en Madrid, en la calle de Carretas. La saludé. Al pronto se quedó indecisa; pero á una leve indicación mía, sonrió con arte, y alargándome una mano cubierta por finísimo guante, me dijo:

—¡Ay, amigo mío! ¡Qué tiempos aquéllos, y qué necia era yo!

—Pero al fin ha triunfado,—le contes-
té —Pues, por lo que veo, ya estará usted ocupando un primer puesto en el teatro Español.

—No, señor,—dijo Leonor, sin dejar la sonrisa.

—Comprendo,—añadí.—Se trata de que encontró un buen partido. Se ha casado y ha dejado el teatro por los dulces y tranquilos placeres del hogar.

—Ni lo uno ni lo otro,—siguió la actriz, riendo más fuerte.

—Entonces no comprendo...

—Es sencillísimo. Murió mi padre, y dejé el drama, buscando contrata en una compañía de zarzuela...

—¡Torpe de mí!—exclamé, interrumpiéndola.—Ya lo adivino todo. Ahora será usted la tiple mimada de públicos y empresas.

—Nada, amigo mío; sigue usted tan torpe como antes. Me probó un maestro y dijo que tenía poquita voz... pero desafinada..

—Entonces...

—Entonces me contraté en el coro; debuté con una obra de espectáculo, vestí la ajustada malla, y á los pocos días era la reina del teatro.

—¿Con mucho sueldo?—pregunté algo turbado.

—Casi nada: cuatro pesetas. ¡Oh! Pero traigo *dislocado* al abono.

Y sin darme lugar á más explicaciones, me saludó con elegancia y saltó en un coche que, sin duda, la esperaba.

El coche partió y me quedé viendo visiones, al ver desaparecer de mi vista la que creí una artista notable.

Entonces, al ver que de tal modo se había despedido, y en tanto que me reponía de mi sorpresa, exclamé admirado:

—¡Bueno está el arte!

J. A.



NOCTURNO

I

Yo había sido el íntimo y único amigo de Coronado, y, por consiguiente, el solo hombre que desde su muerte visitaba la casa de Fuensanta.

Mucho había yo querido al muerto, y religioso era el respeto que á su memoria guardaba la viuda; pero á los diez meses de duelo y de honrada amistad con Fuensanta, comenzaba yo á aspirar aquella oleada de amor que la hermosa juventud de mi amiga iba metiéndome en el corazón.

Viuda ella, soltero yo, jóvenes, ricos y libres, ambos sentíamos bullir un mundo de ilusiones y de felices ensueños en nuestro cerebro.

Fuensanta tenía veintiocho años y un rostro hermosísimo de virgen meridional, en el que resaltaba el terso brillante de unos ojos napolitanos cargados de luz.

Diariamente me recibía al atardecer. Claro está que la gentil viuda comenzó por resistir mis primeros tiros con un brío y entereza que me desorientaban.

De nada servían mis argumentos de fuerza para derribar el fuerte de su bien templada voluntad. Ella sonreía desdeñosamente, desoyendo cuantas confesiones de amor recitaban mis labios.

Algunas tardes me daba por vencido, me sentía desarmado en la conquista de aquella voluntad superior, y entonces, afectando una glacial indiferencia por cuanto me rodeaba, sentábase al piano y comenzaba á ejecutar trozos de música, con lo que conseguía reavivar la atención de Fuensanta, que inmediatamente venía hacia mí tarareando el recitado de la obra. De este modo lograba prender el hilo de nuestra interrumpida conversación y nos separábamos alegres y joviales, alabando el genio de Beethoven y la divina inspiración de Wagner.

Una de aquellas tardes de irritante desesperación, me senté en el piano y comencé á recorrer el teclado por mi propia inspiración, sin pensar en autor alguno y sin papeles en el atril; era aquélla una música improvisada, de momento; nada, lo que se me iba ocurriendo: una profanación de fusas y corcheas. Yo mismo ignoraba á dónde iría á parar.

—¡Qué hermoso *Nocturno!*—



Como aprisiona su cuerpo caprichosa enredadera,

del mismo modo esta chica á los hombres les enreda.

exclamó Fuensanta, levantándose de su asiento.

Yo celebré con risas su jocosa seriedad. Ella insistió, me hizo repetir el ejercicio, y entre grandes protestas suyas y fuertes carcajadas mías, convinimos en que aquello era una obra, un *nocturno*.

Mi *nocturno* era una especie de becqueriana lírica, un canto á la esperanza, una plegaria que mi amor sincero y ultrajado entonaba arrodillado á las puertas de su alma.

Y he aquí que lo que no lograron mis pasionales discursos de amor, lo supo alcanzar mi improvisado *nocturno*: Fuensanta rindióse á las rítmicas oraciones del Deseo, y una tarde de agosto, el Dios Amor nos retuvo en sus brazos hasta la mañana del siguiente día.

II

Aquella posesión constituía el *todo* de mis ensueños de artista y de mis esperanzas de joven. Amaba yo á Fuensanta porque era una mujer de inimaginables encantos, de seducciones inacabables, de una exquisita sensualidad, de tiernas y delicadas fibras, cuyas intensas emociones se me entrometían en el cerebro, emborrachándome de felicidad. Y empezamos á vivir muy de

prisa las horas venturosas del placer. Todas las tardes ejecutábamos á cuatro manos mi maravilloso *nocturno*, evocador elocuente de mis torturadores deseos y de su resistencia impasible de imagen inmoldada. Nuestros corazones habían erigido un altar al Dios Amor, ante el cual rendíamos culto recitando las sublimes estrofas de la posesión insaciable.

Pasados seis meses, una tarde, después de muchas horas de intimidades, en las que Fuensanta supo amarrar toda mi voluntad á la cadena imperiosa de sus caprichos, sugestionado por sus caricias y dueño absoluto de aquella gentil seductora, salí, sintiendo la inmensa alegría de vivir, y creyendo que todo el mundo debía mirarme con envidia.

Así, lleno de gozo, entré en el Casino á acabar de matar la tarde, jugándome unas pesetas.

El Destino seguía protegiéndome. Desbanqué la mesa y arramblé con todo el dinero de los *puntos*. Y mientras todos me tendían los brazos y me dirigían enhorabuenas, en el salón de fiestas, donde yo acababa de entrar, un caballero desconocido ejecutaba al piano mi *nocturno* con precisión admirable...



Sólo piensa en la lectura
esta preciosa criatura.

E. ALBERTO CARRASCO.

VARIANTES

Perdóname, madre mía,
que tu cariño olvidara...
No supe lo que me hacía.

—

Son tus ojos, niña mía,
dos rojas ascuas de amor
que abrazan al que los mira.

—

Los suspiros y los besos
son eslabones de amor
que luego se van uniendo
en cadenas de dolor.

—

Dos cosas hay en el mundo
que no las cambio por nada:
los abrazos de mi madre
y los besos de mi amada.

—

En tu boca hay, niña hermosa,
un fuego lento que abrasa;
tus dientes son las chispitas
y tus labios son las ascuas.

—

La muerte dicen que es mala;
yo no lo puedo creer:
todo el que nace se muere
y ya no vuelve á nacer.



ENRIQUE MENOR ARNAUT.

Dos palomas mansas

¡ADÚLTERA!...

Me miraste incitar, te, apasionada:
y al punto, cual si hubieses comprendido
el infame pecado cometido,
la cabeza inclinaste avergonzada.

Yo también te miré... ¡suerte malvada!...
y, al mirarte, sentí como un gemido;
«¡Adúltera!...», una voz vibró en mi oído,
sorda, terrible, retumbante, airada...

¿A qué recordar más? Yo fui tu amante,
y, ansiosa de gozar, siempre lasciva,
á mis brazos venías anhelante.

El mundo lo ignoró; por eso altiva,
pasando por esposa fiel y amante,
has librado tu faz de su saliva.

EDUARDO TEJERINA GAMARRA.

SUCEDIDO

Una tarde de cuaresma
en su iglesia predicaba
el padre Antúnez, presbítero
de virtud acrisolada,
pero adornado de dotes
oratorias muy escasas.
«—El mundo está pervertido

—el sacerdote exclamaba—.
Esta sociedad ilusa,
sólo al placer se consagra,
olvidando que la muerte
hacia nosotros avanza,
y con ella acabarán
las ilusiones mundanas.

¿Sabís qué necesitamos
para redimir el alma?»
Y respondió un individuo,
que atento al sermón estaba:
«—Lo que aquí necesitamos
es muchísima gramática.»

FERNANDO FRANCO.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Filete de león

En Africa te presentas
armado con un cuchillo;
y cuando en su madriguera
se encuentre el león dormido,
te acercas muy poco á poco,
te preparas, das un grito,
despabilas á la fiera,
que al verte da un resoplido,
y entonces, sin miramientos,
le arrojas aceite frito.
El tiempo aqui no lo pierdas:
te arrojas á un solomillo
y ya verás qué sabroso...
le resultas al leoncito.

J. A.

Un individuo alquila un cuarto, y se queja al portero de lo endeble de las paredes, diciéndole:

—Desde aquí se debe de oír todo lo que pasa en casa del vecino.

—No, señor; porque enfrente hay un aprendiz de cornetín que se pasa tocando todo el día.

Examen de Geografía:

—Trácame usted el itinerario que usted seguiría para ir á Filipinas.

—Ante todo, me iría á Barcelona.

—¿Y después?

—Me embarcaría tan tranquilo, confiado en el capitán del buque, que indudablemente conoce el camino mucho mejor que yo.

Oyendo un hijo de Galicia tocar la gaita á un andaluz, le dijo:

—A mí no me la da usted, amigo; usted ha sido gallego alguna vez.

Reflexiones de un criado:

—Mi amo está ocioso todo el santo día, y yo imito su conducta. Pero cuando hablan de mi amo, dicen que ama la vida contemplativa, y cuando hablan de mí dicen: «¡Qué vago es ese Juan!»

¡Vaya una justicia!

Gedeón y Calinez hablan de la señora de Ruiz, que acaba de perder á su marido.

—Da pena,—dice Gedeón.—En cuatro días ha perdido á su esposo.

—Y ¿sabes cómo ha quedado?—pregunta Calinez.

—Sí: ha quedado viuda

—Supongo que ya sabrá usted lo que hay, don Ventura.

—¿Qué hay?

—Que han dado el retiro á don Casimiro Tragabalas.

—¿Qué me cuenta usted? ¿Conque le han dado nada menos que el Retiro? ¡Esas, esas son influencias!... ¡El Retiro á Tragabalas! ¡Si cuando vuelvan no me dan á mí los míos el Botánico, armo la gorda!

Charada

Lo que dice mi *primera*,
sin duda lo encontrarás
en los conventos de monjas,
y no lo tomes á mal,
pues cada vez que se llaman,
prima tienen que nombrar.
Si repites la *segunda*,
por resultado dará
un mono que, por pequeño,
es bonito de verdad;
y si la *tercera* copias
y la quieres triplicar,
expansión el resultado,
caro lector, te dará;
y es mi *todo* indispensable
si es que te quieres casar.

JOSÉ VALLÉS SARDO.

Jeroglífico comprimido

SIRIO

A. LABORI.

Cuadrado

* * * *
 * * * *
 * * * *
 * * * *

Substitúyanse las estrellitas por letras para que, leído horizontal y verticalmente, resulte: 1.º, flor; 2.º, nombre de mujer; 3.º, animal; y 4.º, idem.

PEDRO JUAN GUILLEM.

Acróstico

* * * 2 * * * *
 * * * 2 * * * *
 * * * 2 * * * *
 * * * 2 * * * *
 * * * 2 * * * *
 * * * 2 * * * *
 * * * 2 * * * *
 * * * 2 * * * *

Formar con la línea de números el nombre y apellido del administrador de un semanario ilustrado, y en las horizontales nombres de mujer.

MANDINGA.

Soluciones á lo insertado en el núm. 547

FUGA DE VOCALES:

Olvidé á Dios por quererte;
 mira si mi amor es grande,
 que mi querer se parece
 al cariño de tu madre
 por lo mucho que te quiere.

ELENA.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Mesa revuelta.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Llobregat.

TARJETA.—La Cortijera.

CUADRADO:

S I L A
 I R I S
 L I L A
 A S A R

CHARADÍSTICO.—Quevedo.

Correspondencia

R. H. M.—Recibidos sus trabajos literarios. Se irán insertando cuando les llegue el turno.

M. C. M.—Todo es aprovechable.

Florencio.—Quiteselo de la cabeza, amigo. No le llama Dios por ese camino.

J. C.—Córdoba.—De lo que ha enviado hay algo utilizable, que ya lo verá publicado.

R. I.—Cáceres.—¡Hombre, hombre! Escribe usted oda con h y pone usted versos de diez y siete sílabas, y todavía no es usted personaje importante? ¡Es una lastima!

LA «SACARINA», el «Salol» y el «Acido salicílico» que contiene un dentífrico alemán, son absolutamente nocivos al esmalte dentario y uno de ellos expuesto á envenenamientos. El Licor del Polo carece de substancias tan perjudiciales y se compone solamente de vegetales, todos ellos completamente saludables y eficacísimos para los dientes y encías, á los que conserva sanos y entonadas.

Calisto.—Mora la Nueva.—¡Mire usted que son preciosos estos versos!

«Se parecen tus ojos, Casimira,
 á mis bolsillos cuando están vacíos:
 y tu boca chiquitina
 á los ojales de los puños míos.»

Sólo le falta á usted colocar un botón en esos ojales, y como para muestra basta un botón, basta y sobra con los cuatro renglones que cito para que comprenda dónde pueden ir á parar sus versos.

G. G.—Su artículo va bien y se publicará.

Antolín. Haro.—No ofrece interés el trabajo que ha enviado.

A. E.—Zaragoza.—Todo lo que ha remitido es aceptable y lo publicaremos oportunamente.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia

al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes —Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vlotenne, y en las principales Farmacias.

en nuestra sociedad actual; pero desgraciadamente no todos sus miembros lo siguen,—le contestó Daniel.

Pero Collinet estaba demasiado preocupado para dar curso á semejantes ideas.

—Amigo mío,—dijo á un criado,—soy un excelente consumidor.

Y alargaba el vaso para que se lo llenaran de un vino de madera exquisito.

En esto, un criado colocó ante Collinet un plato, sobre el cual estaba la cabeza de la liebre.

—De parte de la señora viuda,—dijo el criado en alta voz.

—Esa es la parte del cazador, caballero,—dijo aquélla, á su vez.

Collinet, encantado, saludó profundamente á la señora para ocultar los colores que le subían al rostro, y, cogiendo el tenedor con la mano izquierda y afirmando con él la cabeza é introduciendo la hoja del cuchillo que tenía en la derecha, con mucha elegancia partió graciosamente aquélla; pero ¡cuál fué su admiración al encontrarse dentro de la cabeza una moneda de oro!

Entonces la noble dama le dijo, con flema imperturbable:

—Será la bala con que la habéis muerto, indudablemente, caballero.

Y todos los circunstantes contenían á duras penas la hilaridad que se había apoderado de ellos.

Collinet, queriendo salir lo más airosamente posible de aquel mal paso, repuso:

—Niego el hecho, y no acepto su responsabilidad, señora, porque aseguro que esa bala no es mía,—repuso, mirando atentamente la moneda que tenía en su mano;—y ésta es una suerte de prestidigitación á la cual no sois extraña. Confieso haber trocado en plata el plomo que había muerto esa liebre; pero vos, señora, toda vez que habéis cambiado en oro la bala que era de plata, vos sola debíais estar en mi puesto.

—Ahora, señores, si no aceptáis esta explicación como perentoria, creo que Gay la encontrará de su gusto,—prosiguió, volviéndose hacia el guarda, que en aquel momento entraba en la sala, á fin de recibir órdenes para la cacería del día venidero, dándole la moneda.

Collinet se sorprendió alegremente al ver sustituida la cabeza de liebre por un ala de pollo á la milanese, mientras había hablado á Gay.

—Ahora,—le dijo á Daniel,—ya que ha pasado la borrasca, procedamos con calma. Ciertamente esta ala de pollo es muy apetitosa; mas, sin embargo, según mi método, cuya importancia conocerás, hubiera preferido el principiar por una lonja de jamón ahumado. Eso es una falta y un contrasentido, amigo mío.

—Consuélate engullendo tu ala.

—Es que tenemos un inmenso catálogo que recorrer.

Daniel, á pesar que se divertía con las excentricidades gastronómicas de Collinet, tomó parte en la conversación general, que se animaba por momentos á medida que los platos desaparecían.

—Que los recién llegados vengan en buena hora,—dijo la castellana, oyendo el ruido de varios coches que acababan de detenerse á la entrada de la quinta;—poned cubiertos al momento,—dijo á los criados, cuya orden fué ejecutada al momento,—y que la gente de librea sea bien servida allí dentro.

—Buenas noches, vecinos y amigos míos,—les dijo á los nuevos huéspedes, levantándose á medias de la silla;—sentaos á la mesa hasta que pasemos al salón.

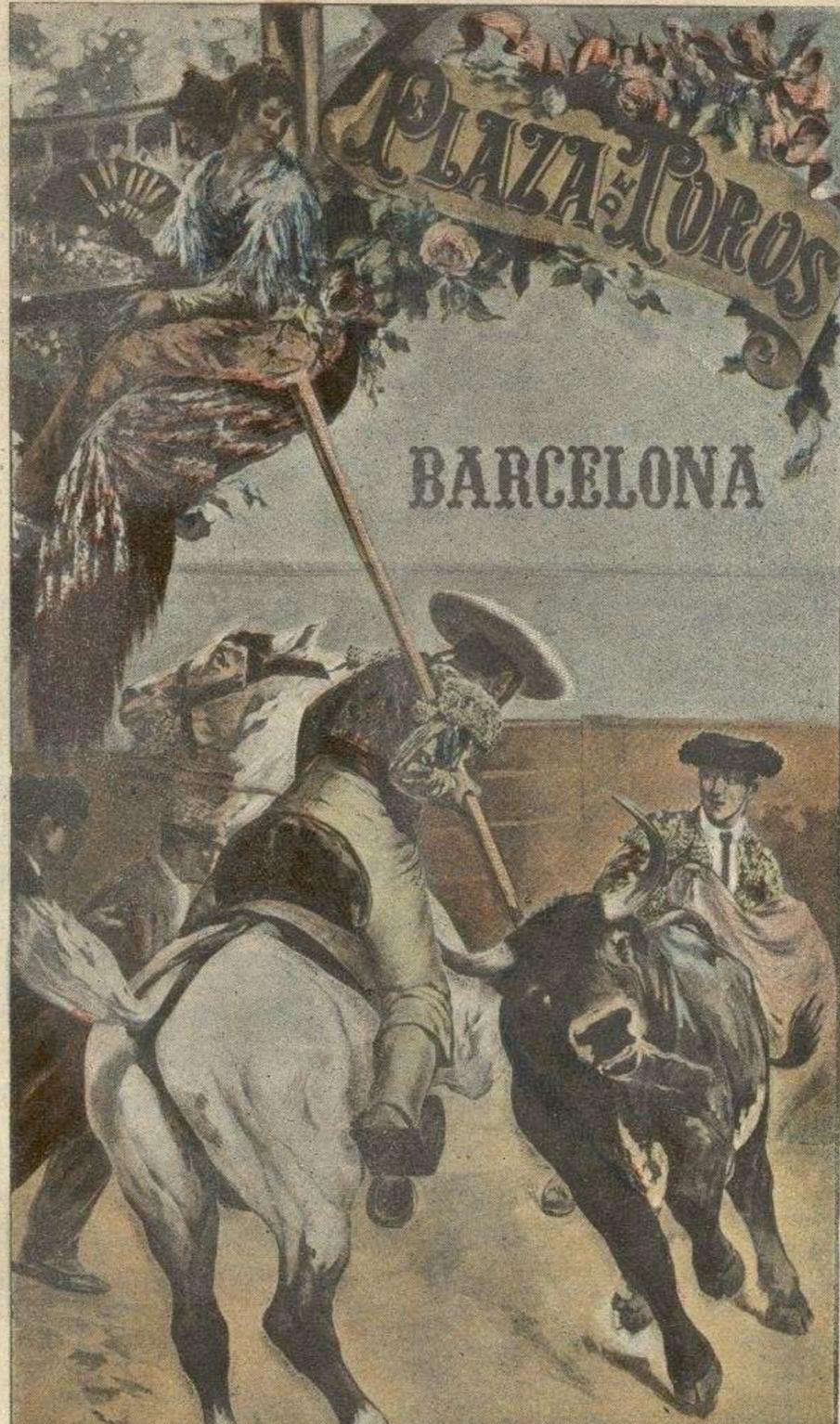
Las cabezas de familia que acababan de entrar, eran todos ricos propietarios que habitaban en las quintas vecinas; pero antes de sentarse le ofrecieron uno á uno su ramillete de flores. Los niños, viendo que los extraños se les adelantaban á hacerle un obsequio á su abuela, se dieron prisa á traer los suyos, que los habían ocultado cuidadosamente en una habitación contigua.

—Os lo agradezco infinito,—dijo, abrazándolos, la noble castellana;—pero no creáis que me habéis sorprendido: sabía que hoy era día de mi santo, y he aquí la prueba,—añadió, sonriendo.

Un criado, al que hizo una seña, colocó delante de ella el pastel de Estrasburgo, y, alzando la tapa, sacó de su centro una infinidad de alhajas y preciosos juguetes. Entonces hubo un ¡hurra! general y mil exclamaciones de placer, mientras distribuía aquellas preciosidades.

(Continuará.)

M. ASSARDON.



PLAZA DE TOROS
BARCELONA

El Domingo 10 de Abril de 1898
PASCUA DE RESURRECCION
Gran Corrida Económica
SEIS TOROS ANDALUCES
CONEJITO | VILLITA | GUERRERITO
Antonio de Dios, CONEJITO ♦ Micael Villa, VILLITA ♦ Antonio Guerrero, GUERRERITO
La corrida dará principio a las CUATRO de la tarde.
PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

D. Perco, para anuncio de corridas de toros (núm. 316 del catálogo)



La condesa de Peña-Dal-Vert

(CONTINUACIÓN)

Había tenido que ir á la ciudad á desempeñar un encargo del barón, y al regresar, el asesino, que ya le esperaba, sin duda, oculto entre las espesuras del monte, le disparó un tiro con tan desdichado acierto, que le dejó muerto en el acto.



Recayeron las sospechas en el hijo del mayor-domo del amigo de Luis, y estas sospechas quedaron plenamente confirmadas cuando le cogieron y registraron la casa que habitaba.

Gosálvez supo esto por los periódicos, é inmediatamente fué á la casa del barón.

Carmen estaba profundamente afectada, pues aun cuando no amaba á Lorenzo, le apreciaba lo suficiente para comprender lo que realmente valía.

El barón, por su parte, estaba decidido á que el asesino pagase con la vida el crimen cometido.

Luis tenía demasiado buen criterio para no dejar que se le escapase una frase que pudiera denunciar la egoísta satisfacción que le produjera la muerte de Lorenzo.

Así pasó algún tiempo.

Gosálvez iba con frecuencia á la quinta del barón.

Poco á poco fué calmándose el dolor de Carmen, y conforme en su pensamiento se iba debilitando la imagen de Lorenzo, iba tomando cuerpo la de Luis.

Este, no se apresuraba ya.

Tenía la seguridad del tiempo, y esperaba.

Sumamente hábil para mujeres de este género, no se engañaba con facilidad.

De tal manera preparó el terreno, tan diestramente fué tendiendo la red, que Carmen cayó en sus brazos casi sin que ella misma comprendiese el abismo que acababa de abrir á sus pies.

III

Despedida

Por más que tanto Luis como Carmen trataran de disimular sus amores, sabido es que en las localidades pequeñas todo se observa, todo se comenta, y muchas veces, aun de lo más insignificante, la malicia saca partido y le da proporciones verdaderamente extraordinarias.

En el caso de que hablamos, tenían, como se comprenderá muy bien, algún fundamento todas aquellas murmuraciones.

Las visitas de Luis á la quinta, aunque se daba como pretexto para ello la afición que tenía á la caza y la abundancia que había en el soto de su amigo, llegó un momento en que llamaron la atención de los curiosos.

Y se observó que Carmen bajaba demasiado al jardín y pasaba algunas horas en un pequeño pabellón que había en el extremo de él, pabellón que la joven había elegido para estudio de pintura.

Este pabellón, adosado á la tapia del jardín, tenía una puerta que franqueaba el paso por la misma tapia, sin que hubiera necesidad de entrar en la quinta.

Aquella puerta se decía que estaba tapiada por la parte del pabellón; pero desde que Carmen eligió aquel sitio como gabinete de estudio, la pequeña tapia de la puerta estaba cubierta por un gran cuadro que la institutriz había pintado.

Los observadores vieron un día que Luis rondaba por aquella parte del muro.

Y puestos ya en acecho, observaron que la puertecilla falsa se abría y que Luis entraba por ella.

¿Dónde iba? ¿Quién le había facilitado la llave de aquella puerta inservible durante tanto tiempo?

Esto fué lo que se propusieron descubrir, y, efectivamente, de conjetura en conjetura se fueron aproximando á la verdad.

(Sigue en la penúltima página.)